El idioma italiano: una gran obra de arte

| Por la traductora pública M. Beatriz Raffo

Una experiencia tridimensional

El italiano no es simplemente una herramienta de comunicación que se escucha o se habla. También posee una dimensión sonora y gestual que lo caracteriza. Clasificado como un idioma fonéticamente transparente, su verdadera magia radica en una estructura que combina vocales y consonantes de manera equilibrada y favorece un ritmo fluido. Sin los cortes abruptos típicos del alemán o el inglés, la presencia de consonantes dobles (las famosas *doppie*) impone una pausa y da a la frase una cadencia que podría asimilarse al compás de una partitura musical.

El ritmo ondulante del italiano hablado se debe también a su rango tonal, más amplio y variado que el español. Con saltos de frecuencia mucho más marcados entre sílabas tónicas y átonas el idioma adquiere un ritmo ondulante. Además, el italiano diferencia entre sonidos vocálicos abiertos y cerrados convirtiendo las cinco vocales del español en siete sonidos vocálicos. Los marcados saltos entre sonidos agudos y graves le dan una sonoridad expresiva característica, natural y melódica.

A esto se suma una gestualidad ampliamente reconocida que no solo acompaña y complementa la comunicación verbal, sino que funciona como un lenguaje paralelo que permite mantener una conversación completa sin pronunciar una sola palabra. El hablante de italiano proyecta la expresión en el espacio, las palabras no quedan encerradas en la mera oralidad y el mensaje se apoya también en el movimiento y en la interacción física. Es un idioma tridimensional.

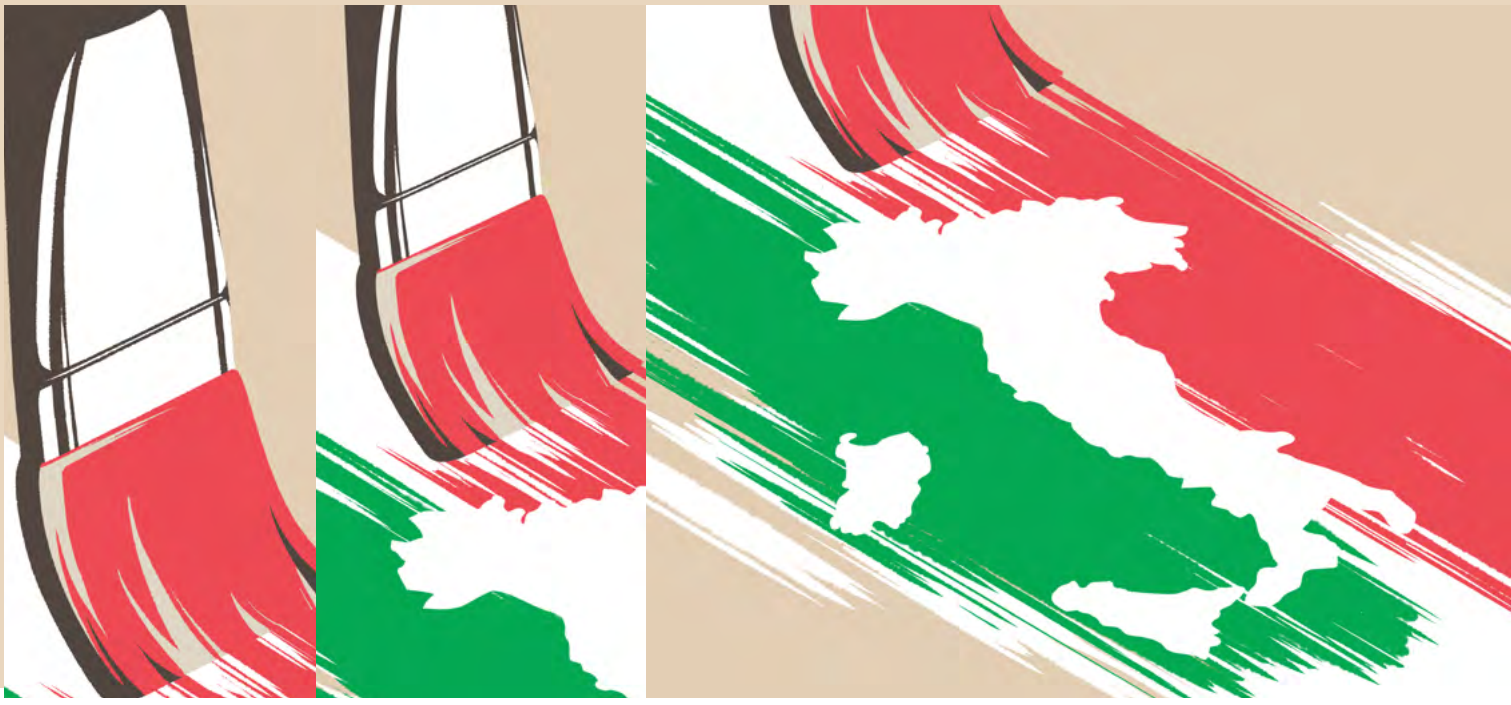
Más allá de las fronteras de sus hablantes nativos

Italia, un territorio que atrae a millones de turistas cada año y que posee la mayor cantidad de sitios declarados Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, concentra actualmente alrededor de 60 millones de personas que tienen al italiano como lengua materna.

Sin embargo, desde el punto de vista del idioma, las fronteras de la República Italiana se dilatan ya que el italiano no solo es idioma oficial de Italia y San Marino, es idioma cooficial en diversas regiones de Suiza (como el Tesino y los Grisones), y cuenta con reconocimiento gubernamental en zonas fronterizas de Eslovenia y Croacia. La Ciudad del Vaticano es un caso aparte. El latín, idioma tradicional de la religión católica, está actualmente destinado a documentos oficiales y celebraciones solemnes, mientras que la comunicación cotidiana se realiza en italiano. Y es utilizado incluso por Papas que no tienen el italiano como lengua madre, como fue el caso de S. Juan Pablo II, Benedicto XVI, el mismo Papa Francisco o el actual León XIV.

Si bien no se encuentra entre las lenguas con mayor cantidad de hablantes nativos, como el chino o el español, el italiano mantiene una importante presencia internacional estrechamente vinculada al peso de la cultura italiana en ámbitos como el arte, la música clásica y la ópera, la gastronomía, el diseño y la proyección que le brinda la religión católica.

El interés por el idioma no responde únicamente a factores comunicativos, sino también a la influencia cultural de Italia en todo Occidente y desde hace décadas se posiciona entre los cinco idiomas más estudiados en el mundo.



El italiano en la Argentina: una identidad histórica que se lleva en la sangre

En la República Argentina, el idioma italiano adquiere una dimensión vinculada con la inmigración y las historias familiares. Las comunidades de descendientes de inmigrantes lo convirtieron en una de las lenguas de herencia más notables que incluso influyó en el idioma local. Palabras como «laburar», «fiaca», «facha», «mina» y la más moderna «birra» son solo algunos de los términos incorporados al español rioplatense y ya reconocidos por el *Diccionario de la Lengua Española*.

En el aprendizaje de lenguas extranjeras en el país, el inglés ocupa el primer lugar por evidentes razones comerciales, tecnológicas y de acceso a la formación en el exterior, mientras que el italiano comparte con el portugués una segunda posición. Para un argentino la decisión de estudiar italiano, en muchos casos, no está relacionada con una necesidad profesional inmediata como las transacciones comerciales o de formación científica superior. Responde más bien al interés por recuperar la historia familiar y mantener el lazo afectivo con los antepasados que llegaron desde Italia. El estímulo proviene del recuerdo de una historia que creó lazos invisibles pero poderosos entre la patria de origen y la patria adoptiva.

A pesar de que ya han transcurrido más de 150 años desde el inicio de las grandes oleadas migratorias de italianos –provenientes sobre todo de los puertos de Génova y Nápoles–, el vínculo cultural subsiste con fuerza. Se estima que aproximadamente el 60 % de la población argentina reconoce tener ascendencia italiana. Para el ciudadano argentino, estudiar italiano no es incorporar una herramienta más a su formación, sino una forma de acercarse a la historia de su familia, reconocer y afirmar su pertenencia a la cultura italiana.

De la pertenencia a la profesión: el traductor público de italiano

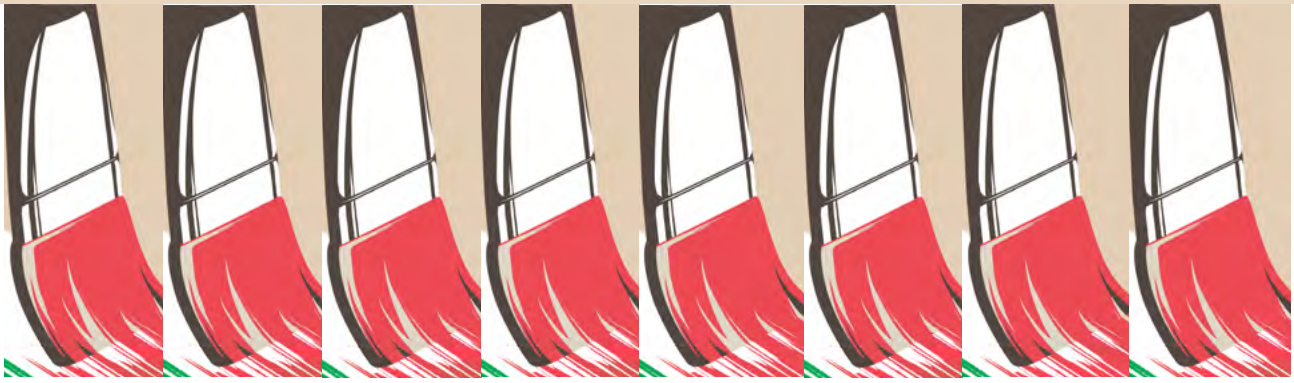
Aunque muchos estudian el idioma y algunos incluso logran dominarlo, son pocos los que cruzan el umbral del pasatiempo para transformarlo en un compromiso profesional riguroso a través de una formación académica especializada: la carrera de Traductor Público de idioma italiano.

Esta formación –que sintetiza el estudio profundo de las estructuras lingüísticas, los sistemas jurídicos de ambas culturas y las técnicas de traducción e interpretación– abre un abanico laboral muy amplio. Muchos graduados se vuelcan a la docencia y otros exclusivamente al ejercicio profesional como traductores públicos, intérpretes o combinan ambas facetas.

En la Argentina, la formación de grado del Traductor Público de italiano se encuentra centralizada en un grupo reducido de instituciones universitarias, oficialmente reconocidas para emitir títulos habilitantes:

- Universidad de Buenos Aires (UBA)
- Universidad Nacional de Córdoba (UNC)
- Universidad del Salvador (USAL)
- Universidad del Aconcagua (UDA)

Los profesionales egresados de estas universidades obtienen un título oficialmente reconocido que les permite matricularse en los distintos Colegios de Traductores del país para ejercer una profesión de gran responsabilidad, ya que actúan como fedatarios públicos. Aquel puente cultural que comenzó como un homenaje a los abuelos



se transforma así en un nexo oficial y legal, como auxiliar de la justicia. Su función es clave en ese ámbito para garantizar principios fundamentales como la legítima defensa. La Ley de ejercicio de la profesión (Ley 20.305) no deja lugar a dudas al respecto y respalda esta función fedataria, posicionando al traductor como un garante de la seguridad jurídica.

El mismo Código Procesal Civil y Comercial de la Nación le reserva al traductor público una incumbencia exclusiva, al establecer que en todos los actos del proceso se debe utilizar el idioma nacional y si una persona que debe prestar declaración no lo conoce, el juez o tribunal designará por sorteo a un traductor público (art. 115). Dispone, asimismo, que cuando se presenten documentos redactados en idioma extranjero, es obligatorio acompañar su traducción realizada por un traductor público matriculado (art. 123).

Evolución histórica de la traducción pública de italiano en la Argentina: cambios en la clientela

En sus comienzos, la demanda de traducciones públicas de italiano estuvo concentrada principalmente en documentación personal: actas de nacimiento, matrimonio o defunción. Eran trámites esenciales para que los nuevos inmigrantes se documentaran, se casaran bajo las leyes locales o acreditaran fallecimientos ante las autoridades.

Con el tiempo y la estabilización de estas comunidades, las necesidades mutaron hacia lo patrimonial y sucesorio, y la demanda se concentró en la traducción de declaratorias de herederos y poderes para cobrar herencias en Italia o vender propiedades heredadas en la Argentina.

Más adelante, la demanda de los particulares empezó a convivir con el sector empresarial, obligando a los profesionales a especializarse en nuevos tipos de documentación. Finalmente, durante la década de 1990, la apertura económica trajo una nueva categoría de clientes con estructuras societarias complejas: el cliente corporativo, representado por grandes *holdings* y Uniones Transitorias de Empresas (UTE). La necesidad de traducir estatutos societarios, balances y actas de asambleas obligó al traductor público de italiano a dominar una nueva terminología y a adoptar un enfoque más ágil, cercano a la gestión de



M. Beatriz Raffo

T.P. italiano (UBA)

Máster Universitario de I nivel «Traduttori e Interpreti Giurati» (Università di Macerata)

Licenciada en Relaciones Internacionales (USAL)

Curso de Formación nivel Máster en Estudios Europeos para América Latina (EURAL) (Università La Sapienza de Roma)

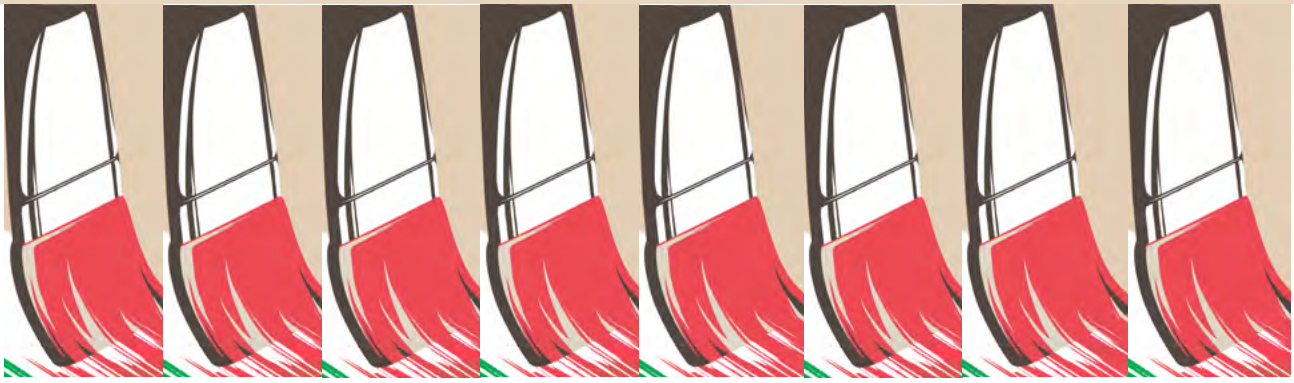
Exbecaria OEA – Formación en proyectos de inversión

Traductora e intérprete externo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto para actividades oficiales en el país y en el exterior

Exdocente por concurso en la Carrera de Traductorado Público Italiano (UBA).

Miembro del Colegio de Traductores Públicos de la Ciudad de Buenos Aires (CTPCBA), del Colegio de Traductores Públicos e Intérpretes de la Provincia de Buenos Aires (CTPIPBA), de la Asociación Internacional de Intérpretes de Conferencias (AIIC) y de la Asociación de Intérpretes de Conferencias de Argentina (ADICA)

Profesional independiente con ejercicio activo de la profesión desde hace más de 30 años.



proyectos. En esa época, la fuerte participación de empresas italianas en las privatizaciones de servicios públicos desplazó el foco profesional hacia especificaciones de ingeniería, auditorías internacionales y contratos marco de gran envergadura. Así, la actividad adquirió una marcada dimensión internacional

Al mismo tiempo, la tecnología transformó los métodos de trabajo. El correo electrónico aceleró la circulación de documentos y los profesionales debieron actualizar no solo su equipamiento sino también capacitarse en el uso de nuevas herramientas informáticas para responder a plazos de entrega cada vez más ajustados.

Y un día llegó la inteligencia artificial

Hoy en día, la IA, que de hecho colaboró en la redacción de este artículo, es una herramienta sumamente útil para la traducción y es especialmente valiosa para el par español-italiano, que históricamente contó con menos material de consulta y recursos especializados en comparación, por ejemplo, con el inglés. El acceso a grandes bases de datos en línea simplificó este proceso de forma drástica.

Sin embargo, frente a esta revolución digital, el traductor público –quien junto a sus colegas de otras especialidades ha aceptado llevar el rótulo de «invisible», una definición que habría que revisar– sigue siendo el único profesional que otorga fe pública a la versión traducida. Ninguna herramienta automática puede asumir su función más crucial: la responsabilidad profesional y legal sobre el documento firmado. Un error automatizado no exime al traductor que avala el texto con su firma; por lo tanto, la velocidad de procesamiento jamás podrá sustituir al control especializado.



A esto se suma un factor crítico: la confidencialidad. Al trabajar con información sensible como antecedentes penales, expedientes judiciales o secretos comerciales, el uso de herramientas de IA abiertas exige máxima cautela, ya que suele colisionar con el secreto profesional. Cualquier uso de estas tecnologías debe respetar estrictas condiciones de seguridad.

Si bien la IA ha mejorado notablemente al generar textos gramaticalmente correctos, coherentes y rápidos, una traducción fluida no siempre es una traducción adecuada. Comprender el contexto, la intención del emisor, las sutilezas culturales y las consecuencias jurídicas de cada término sigue requiriendo de un ojo experto.

El verdadero desafío para el traductor público será evitar que su rol se reduzca a la revisión mecánica de textos pregenerados, como un eslabón más en una línea de ensamblaje digital. El futuro de la traducción pública dependerá de la convivencia armónica entre la tecnología, como recurso y herramienta altamente valorable, y el juicio humano. El objetivo no es competir en velocidad con las máquinas, sino aprovechar ese beneficio sin dejar de garantizar que el texto final sea preciso y adecuado a su propósito. De este modo, los traductores seguirán siendo –en palabras de Luca Lovisio– los últimos custodios del sentido.

Para los traductores públicos, el valor diferencial radicará seguramente en su capacidad para asumir la responsabilidad del resultado final. La tecnología procesa palabras a una escala que ningún humano puede igualar, pero el traductor público profesional aporta criterio, experiencia y rigor ético.■